SEGUNDO DIA.

EL PECADO

La Eucaristía aleja á el alma del pecado y le impide caer en él, dándole armas eficaces y poderosas para luchar con sus enemigos, y vencerlos y aniquilarlos.

LA SAGRADA EUCARISTIA Y EL PECADO.

Quiero servir á Dios!

Quiero salvar mi alma!

En esta doble afirmacion, que es la expresión más clara, más explícita y más terminante de un deseo, á cuya realización se halla fuertemente unida la voluntad, está condensado todo el fruto de las pláticas, de las lecturas, y muy particularmente de las meditaciones hechas el primer día de los Ejercicios Espirituales.

En ella está fotografiado el hombre de buena voluntad, á quien Dios, en el instante solemne de su entrada al mundo,

prometió la paz que es el más inestimable de los bienes. (1)

Y es, á todas luces, buena voluntad, la que se halla sujeta á la voluntad de Dios.

Y la voluntad de Dios respecto del hombre, está con toda claridad expresada en estas breves palabras que puso en la inspirada pluma de Isaías: "Para mi gloria los crié, los hice y los formé." (2)

Y no solamente su voluntad se expresa en estas palabras: en ellas se descubre también su Providencia; esa acción constante, sabia y benéfica con la que gobierna al mundo; con la que rige á sus criaturas; con la que, como por la mano, conduce al hombre por el camino de la vida, para llevarlo á su último fin.

Pero el hombre tiene albedrío; y este albedrío es libre; y con este libre albedrío debe secundar la acción de la Providencia, teniendo presente la profunda y exacta observación que le hace San Agustín cuando le dice: "El que te crió sin tí, no puede salvarte sin ti:" y con este elemento tan precioso y tan preciado, tan necesario y tan eficaz, el hombre debe servir á Dios.

(1)—S Luc. II, 14
(2)—XLIII, 7.

Pero esto es lo único que tiene que hacer, para ponerse en aptitud de recibir lo que Dios le quiere dar? Es éste el único deseo de su corazón, el único propósito de su entendimiento, la única resolución de su voluntad?

No en la meditación anterior vió con toda claridad que debía amarlo? Pues porqué ahora sólo quiere servirlo?

Pocos instantes de reflexión bastan para hacer ver que el deseo y la resolución de servir á Dios, comprende la resolución, y el deseo de amarlo, puesto que sin amarlo, es imposible servirlo.

En efecto, el que sirve, está unido por un lazo susceptible de variar de mil maneras diversas, á aquel á quien sirve; y en el servicio de Dios, este lazo de unión es el amor.

El amor! No el amor imperfecto ó de concupiscencia con que se ama á la criatura, y que va acompañado de emociones sensibles, que muchos creen que es necesario para amar á Dios, ó que no tiene otro fundamento que el deseo de alcanzar la recompensa; sino el amor perfecto, el amor de pura caridad, el amor por el que se prefiere á Dios sobre todas las co-

sas, y que tiene por fundamento la resolución de perderlas todas antes que ofenderle.

Esta resolución es un acto de la voluntad, y como "el primer acto propio de la voluntad, es el amor," (1) resulta que dicha resolución es el amor.

Una voluntad que así se manifiesta, no puede menos que estar unida, identificada con la voluntad de Dios; de tal manera, que todos los actos de aquella, aun los más insignificantes en apariencia, son un reflejo inmediato y directo de ésta; y el ejercicio constante de la voluntad humana, es una obediencia constante de la voluntad divina; una ejecución constante de los mandatos de Dios; un servicio nunca interrumpido de su Soberana Majestad.

El servicio, considerado en su esencia, es la ejecución de un mandato; y el primer mandato que impuso Dios á los hombres, fué el de amarle: (2) y el primero de los mandamientos de la Ley de Dios, es amarlo, sobre todas las cosas; (3) y nun-

(1) Sto. Tomás.
(2) Ex. XX, 3, 7 á 10.—Deut. V, 7 á 15, VI, 5.—S. Mat, XXII 37 y 38.
(3) Ripalda.

ca se manda, sino aquello cuya ejecución depende de la voluntad.

Dios no manda más que lo que desea; y no desea más que lo que le es agradable; y no puede dejar de serle agradable el amor de sí mismo, tanto por lo que se refiere á El, cuanto por lo que tiene relación con el hombre.

Por lo que á El se refiere, ve con su vista perspicaz y conoce con su iteligencia infinita, el conjunto . . . qué decimos! el océano infinito de sus perfecciones, que tiene que amar, porque es soberanamente justo, y por la misma razón quiere que sus criaturas también lo amen.

Este querer, ó por decirlo en términos más adecuados, este deseo, es persistentente; y no sólo no se interrumpe, sino que no es susceptible ni de la más lijera interrupción. Con la misma constancia está expresado este deseo, por su nunca interrumpido mandato, en cuya obediencia está su servicio; en cuyo cumplimiento está su amor.

"Ama á tu Criador con todas tus fuerzas" (1) dice el Espíritu Santo; y para

(1) Eccli. VII, 32.

expresar en términos que no dejen lugar á la duda, que este amor ha de ser constante en la criatura, le dice después; "Ama á tu Dios toda tu vida." (1)

Esto equivale á decir: sirve á Dios con todas tus fuerzas; sirve á Dios toda tu vida: porque el servicio de Dios y el amor á Dios se hallan ligados entre sí con una dependencia tan precisa, que sin este sentimiento no se puede efectuar aquel acto. Amar á Dios, es servir á Dios. El amor de Dios es la fuerza que encadena la voluntad á su servicio; y el servicio de Dios es el combustible que alimenta en el corazón el fuego de su amor; y siendo esto así, decir, quiero servir á Dios, equivale á decir, quiero amar á Dios: deseo que viene á encontrarse reforzado con el que se expresa después cuando se dice: "quiero salvar mi alma:" porque salvar el alma, es disfrutar la Bienaventuranza; y la Bienaventuranza consiste en ver á Dios, poseer á Dios y *amar á Dios.*

Y con toda exactitud podemos agregar: *servir á Dios.*

En efecto, los Bienaventurados, parti-

(1) Eccli XIII, 18.

cipan, por decirlo así, de la naturaleza de los ángeles, quienes sirven á Dios haciendo su voluntad tan entera y prontamente como deseamos hacerla nosotros (1) cuando en la oración de las oraciones decimos á nuestro Padre que está en los Cielos: "hágase tu voluntad así en la tierra como en el Cielo. (2)

Para formarnos una idea de la precisión, de la exactitud, de la prontitud, de la alegría, con que los moradores del Cielo sirvén á Dios, basta considerar que este servicio no es otra cosa que hacer la voluntad de Dios; y que los Bienaventurados, al hacer la voluntad de Dios, hacen su propia voluntad: pues "así como Dios puede hacer todo lo que quiere por sí mismo, de la misma manera los Bienaventurados hahacen todo lo que quieren por Dios. No hay más que una ley en el Cielo, y es la Ley del Amor de Dios: ley, á la que todos los elegidos quieren y querrán siempre conformarse, porque encuentran en ella su suprema felicidad. No quieren más que lo que Dios quiere. Lo que los elegi-

(1) Ripalda.
(2) S. Mat. VI, 10.

dos quieren, Dios lo quiere; lo que Dios quiere, lo quieren los elegidos." (1)

Puede con más claridad explicarse la unión íntima, la conformidad perfecta, la identificación absoluta de la voluntad de la criatura con la voluntad del Criador?

Y siendo la voluntad la dominante de las potencias del alma, no significa esta conformidad, la unión del alma con Jesucristo?

Y no es esta unión la que Jesucristo, de una manera tan especial, tan significativa y tan gráfica ha expresado, cuando refiriéndose al hombre ha dicho: "está en mí y yo estoy en él?" (2)

Y esta doble penetración, por explicarnos así, no se verifica en el que come su carne y bebe su sangre? (3)

Y este alimento y esta bebida, no constituyen la esencia del Sacramento de la Eucaristía?

Lo que un elegido quiere—continúa el Expositor citado—lo quieren todos los elegidos y Dios lo quiere. Todos quieren lo mismo: amar á Dios, y ser amados por

(1) Corn. A. Lápide.
(2) S, Juan VI, 57.
(3) Ib.

El, poseer á Dios—agregamos nosotros—y ser poseídos por El. "Lo que quieren está conforme con sus deseos, y sus deseos están conformes con la voluntad de Dios. Tienen todo lo que quieren, todo lo que aman, todo lo que desean; y Dios por su parte, encuentra en ellos todo lo que quiere, todo lo que desea, todo lo que ama. Ellos desean, y sus deseos quedan satisfechos; quedan saciados, y no dejan de desear. Para que la saciedad no acompañe á sus deseos—dice S. Gregorio—reciben todo lo que desean al punto que lo desean; y para que el disgusto no suceda á su saciedad, aunque saciados no dejan de desear. Desean sin cansarse, porque el efecto corona su deseo; y quedan saciados sin experimentar disgusto, porque el deseo nace de su misma saciedad. Así, por una parte, deseo eterno de ser saciados; y por otra, cumplimiento eterno de sus eternos deseos."

Pueden detallarse con más precisión, exponerse con mayor orden y explicarse con más claridad los atributos, las señales y los caractéres de la Sagrada Comunión, entre cuyas excelencias y ventajas figuran la unión de los fieles entre sí y con

Jesucristo, y ese deseo siempre satisfecho, y esa satisfacción siempre deseada?

Y esta sucesión constante y simultánea de deseos siempre satisfechos y de satisfacciones siempre deseadas, no es la esencia de la comunión espiritual que recibe el cristiano tan pronto como la desea, y la desea de nuevo, tan pronto como la recibe?

En la Eucaristia-no lo podemos dudar-está la prenda de la Bienaventuranza; está la posesión de Dios; está el servicio de Dios; está el amor de Dios: uno de los más poderosos elementos para la salvación del alma. Por consiguiente, decir "quiero servir á Dios, quiero salvar mi alma," equivale á decir: "quiero la Eucaristía:" y me propongo conla divina gracia, conservar siempre sus frutos en mi alma.

Pero ay! que para realizar este deseo, es necesario sostener una lucha; y qué lucha!

Lucha terrible! Lucha encarnizada! Lucha á veces desastrosa! Lucha constante, en la que el enemigo es el pecado.

El pecado es el grande elemento de perdición que tiene el hombre, en cuanto á que rompe el pacto dulce, racional y apa-

cible, en cuya virtud Dios da al hombre una eternidad de bienes, en cambio de su obediencia y de su amor.

En efecto, el pecado es una desobediencia á la ley de Dios. Por eso desde el momento en que el corazón del hombre se abre para dar entrada al pecado, sus labios se abren para dar salida á esta sacrílega palabra: "no quiero servirte:" (1) palabra que derrocó al ángel de las alturas celestiales, y lo hundió en los abismos del Infierno.

Separado el hombre del servicio de Díos, retira de El su voluntad torcida y la abandona al demonio; y en esto, según San Crisóstomo, consiste el pecado.

El pecado rompe á la vez el amor de Dios: porque es un acto degradante y horrible, por el que el miserable que lo comete, da las espaldas á Dios y se convierte hacia las criaturas; lo que constituye una verdadera idolatría, de la que, con toda la intensidad de la amargura, se queja el Señor por boca de su Profeta cuando exclama: "Mi pueblo ha trocado

---

(1) Jer. II, 20.

su gloria *que era el Señor* por un ídolo infame.'' (1)

Con el pecado la ley se ve destrozada; (2) y como esta ley es de amor, queda el amor hecho pedazos y reemplazado por el odio.

Cómo, por el pecado se aparta el hombre de Dios!

Cuánto se desvía del único camino que lo puede llevar á su último fin!

Qué abismo tan profundo lo separa del Sacramento del amor, en que este último fin se encuentra!

La Eucaristía! El pecado! Qué diferencias! Qué contrastes! Qué antítesis!

La Eucaristía es el más augusto de los sacramentos de vivos; el pecado es el más espantoso de los estados de la muerte.

La Eucaristía une al hombre con Dios; el pecado lo aleja de El.

La Eucaristía lleva á el alma á la felicidad; y el pecado la hunde en la desgracia.

La Eucaristía guarda el alma para la vida eterna; el pecado la precipita en los abismos de la eterna muerte.

---

(1) Jer. II, 11.
(2) Habac. I, 4.

La Eucaristía la lleva hacia Dios con un atractivo irresistible; el pecado la aleja de Dios con una repulsión incalculable.

La Eucaristía la inunda de luz; el pecado la rodea de tinieblas.

La Eucaristía la conduce por el camino; el pecado la despeña en el precipicio.

La Eucaristía es la verdad y la vida; el pecado es el error y la muerte.

La Eucaristía dice al justo: ven, bendito, á encenderte en el fuego del amor; el pecado dice al réprobo: apártate de Dios, maldito, á abrasarte en el fuego del odio.

La Eucaristía dice al primero: goza; el pecado dice al último: sufre.

La Eucaristía es el testimonio más espléndido de la misericordia divina; el pecado es la manifestación más repugnante de la ingratitud humana.

La Eucaristía salva al mundo y lleva al Cielo; el pecado pierde al mundo y lleva al Infierno.

La Eucaristía asegura el perdón; el pecado envuelve el castigo.

La Eucaristía trasforma al hombre en Dios; el pecado convierte al hombre en demonio.

008957

La Eucaristía derrama en el alma la paz más apacible; el pecado enciende en ella la guerra más desastrosa.

La Eucaristía aviva la Fe, reanima la Esperanza y enciende el amor; el pecado se alimenta con la duda, engendra el odio y precipita en la desesperación.

La Eucaristía es un pan del cielo que da la vida haciendo saborear todas las delicias que encierra; el pecado es un veneno infernal que causa la muerte entre las más terribles amarguras.

La Eucaristía es el manantial de aguas puras y cristalinas que saltan hasta la vida eterna; el pecado es la cisterna de aguas corrompidas y cenagosas en que se desarrollan los gérmenes de la eterna muerte.

La Eucaristía da á Dios nueva vida; el pecado tiende, si pudiera, al aniquilamiento de Dios. (1)

La Eucaristía es la síntesis de todos los bienes: el pecado es el cúmulo de todos los males.

Por la Eucaristía los hombres se acercan á Dios, y Dios se acerca á los hombres; por el pecado los pecadores se apar-

(1) Sto. Tomás.

tan de Dios, y Dios se aparta de los pecadores.

Cada vez que comulgamos construímos al Señor un tabernáculo en nuestro pecho, y le tributamos el homenaje de nuestra adoración; cada vez que pecamos destruímos el templo de Dios, y le lanzamos la ofensa de nuestras injurias. (1)

La Eucaristía solamente es comparable á la Gloria; el pecado es peor que el Infierno.

La Eucaristía es "el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;" (2) el pecado es un león cuyos dientes matan el alma. (3)

La Eucaristía inunda el alma en su gracia; el pecado se la arrebata por completo.

La Eucaristía comunica á el alma todos los méritos de Jesucristo; el pecado le quita todos los que había adquirido, y todos los que pudiera tener.

La Eucaristía derrama sobre nosotros las bendiciones del Cielo; el pecado nos atrae las maldiciones de Dios.

(1) S. Agustin.
(2) S. Juan I. 29.
(3) Eccli. XXI, 3.

La Eucaristía nos hace libres; el pecado nos vuelve á la esclavitud.

La Eucaristía trasfigura el alma en el Tabor del misticismo, inundándola en la brillante luz, que baña con los resplandores de la gracia; el pecado la desfigura en los abismos de la corrupción, rodeándola con las espesas tinieblas que oscurecen los antros de la iniquidad.

La Eucaristía conserva viva la memoria de Dios; el pecado la relega al olvido.

La Eucaristía es el centro en que se unen con Dios y se unen entre sí los corazones fieles; el pecado es el foco en que se sujetan al demonio y se despedazan entre sí los corazones corrompidos.

La Eucaristía para el cristiano es todo; el pecado para el hombre es menos que nada.

La Eucaristía no es solamente Dios con nosotros, sino Dios en nosotros; el pecado no es solamente nosotros sin Dios, sino nosotros contra Dios.

La Eucaristía envuelve el corazón en la más consoladora esperanza; el pecado lo destroza por el más justificado temor...

Pero á dónde vamos, si nos dejamos arrebatar por esta corriente en la que más

numerosas que las gotas del Océano, y más profundas que sus abismos, son las diferencias que separan la Eucaristía del pecado!

Pero nuestra meditación nos invita á detenernos, aunque sea por breves instantes, entre la oposición que sostiene la Eucaristía, con el pecado, dándonos una arma contra cada uno de sus ataques; un bálsamo para cada una de sus heridas; una medicina para cada uno de sus males; una salvaguardia contra cada una de sus manifestaciones; una virtud que contraponer á cada uno de sus vicios, ó podemos decir, á cada uno de los pecados.

El primero de todos; el que dió origen á todos los demás; el eslabón mayor de esa interminable cadena, cuyo último eslabón está en el último instante del mundo, es la soberbia.

La Eucaristía es un beneficio que Dios hace al hombre; y el mayor de los beneficios; el pecado es un ultraje que el hombre hace á Dios; y el mayor de los ultrajes.

"Si hubieras estado aquí-dijo Marta á Jesucristo en el fondo de su pesar, dejando lucir la firmeza de su Fe, entre las amarguras de su queja-Lázaro no habría

muerto;" (1) si yo hubiera estado en ti, le dice el alma en el fondo de su dolor y entre los gemidos de su arrepentimiento, tú habrías estado en mí, (2) y yo no habría pecado.

Por la soberbia el ángel se rebeló contra Dios, y fué desalojado del Cielo, precipitando á los abismos, que para su castigo fueron criados, á otros muchos ángeles que se rebelaron con él, á quien son rigurosamente aplicables estas palabras tan terribles: "tu soberbia ha sido abatida hasta los infiernos." Cómo caíste del Cielo, oh lucero resplandeciente, tú que tanto brillabas por la mañana?" "Tú que decías en tu corazón: levantaré mi trono sobre las estrellas de Dios; me sentaré sobre el Monte del testamento al lado del Septentrión; excederé la altura de las nubes y seré semejante al Altísimo? Pero tú has sido precipitado á la más profunda mazmorra del Infierno." (3)

El pecado del ángel que da la materia para la primera meditación en el segundo día de los Ejercicios Espirituales, per-

(1) S. Juan XI, 21.
(2) S. Juan VI, 57.
(3) Is. XIV, 11, 12, 13, 14 y 15.

mite ver en toda su horrorosa deformidad y en todas sus funestas consecuencias el pecado de la soberbia.

"Tu cadáver—dice la misma voz al hombre soberbio—yace tendido por el suelo; tendrás por colchón la podredumbre, y tu cubierta serán los gusanos:" "tú has sido arrojado lejos de tu sepulcro como un tronco inútil é inmundo, y como podrido cadáver confundido con los que fueron muertos á cuchillo y descendieron á lo más hondo de la fosa." (1)

Mas contra el nefando vicio de la soberbia, dice nuestro inspirado Catecismo, se levanta la apacible virtud de la humildad; y esta humildad luce con todo su esplendor, con toda su hermosura, con toda su majestad, con toda su grandeza, en la Sagrada Eucaristía.

En este Sacramento da Jesucristo la prueba más terminante del valor de esta virtud, que ejercita "más que en Belén, donde los ángeles anuncian su nacimiento; más que en el Establo, donde una misteriosa estrella lo ilumina; más que en el Pesebre, donde los Reyes llegados de le-

(1) Is. XIV, 11 y 15.